

# Un malestar sin poetas

Joana Bonet



**H**ubo un tiempo en el que la noción de esfuerzo se transmitía de padres a hijos. No hacían falta palabras; bastaban las manos callosas que subían el butano y los delantales gastados. Y aunque su sudor nos conmoviera, nada era capaz de herir la hermosura que íbamos hinchando a base de azúcar y ensueño. El amor estaba en el aire, pero también un destino digno: la promesa de que viviríamos mejor que nuestros padres pues se abría la puerta de un ascensor social hasta entonces bloqueado. España enfilaba su norte estrenando Seats, libertad y futuro.

“Quiero que encuentren su propio camino, en cualquier dirección: con estilo orgulloso, con estilo tonto, como sea”, decía el profesor Keating a sus alumnos en *El club de los poetas muertos*. También les recordaba que todos seremos alimento para los gusanos, por ello les alentaba a aprovechar el tiempo, a vivirlo abrazando lo extraordinario. Y aquel profesor interpretado por Robin Williams se subía a la mesa para explicar el punto de vista: pobres quienes no saben mirar las cosas de manera distinta. Los que entonces éramos jóvenes

idealistas adoramos la película y leímos con más ferocidad a Whitman, Frost o María-Mercè Marçal, versos que nos liberaban del miedo a despeñarnos si pensábamos diferente, esa “desesperación silenciosa” que nombraba Thoreau. Nuestros profesores no se subían a un pupitre, pero nos abrían el hambre y la sed de conocimientos. La guerra estaba lejos. A nuestros veintitantos bombardearon Sarajevo, donde, como cuenta la escritora Dubravka Ugrešić en su deslumbrante ensayo *La edad de la piel* (Impedimenta), una niña que acabó en la sección psiquiátrica de un hospital respondía a la pregunta de los médicos “¿qué es lo que más miedo te da?”: “Las personas”.

**El manto de la cultura ya no protege a los jóvenes: no por mucho estudiar tendrán un lugar en la vida**

Hoy, nuestros hijos, zetas y *millennials*, saben que vivirán peor que nosotros. La pandemia ha multiplicado la hilera de puertas impenetrables. Licenciados y con másters aspiran no más que a cronificar su estatus de becarios. Los gurús del mapa disforme de las nuevas leyes sociales no son ya poetas ni maestros, sino El Rubius o Kim Kardashian. Suelen identificar el éxito con la provocación y la vacuidad del postureo. Y se ven salpicados por la ola de cinismo que dificulta la principal máxima de la

democracia: vernos como verdaderamente somos, mientras falsas verdades encienden la mecha del odio.

Las expectativas de los jóvenes son miserables, lo que les lleva a no sentir el mínimo apego por el sistema. Algunos acaban *comprando* argumentos populistas: radicalidad, violencia, rechazo de lo democrático. Se han acostumbrado a que vendedores disfrazados de *coach* desplacen a la autoridad intelectual y científica. Ahí está, por ejemplo, el presidente de El Salvador, Nayib Bukele –39 años–, que gobierna el país con poder absoluto desde varias pantallas, incapaz de mantener una conversación de Estado sin mirar cien veces su teléfono.

El cambio de paradigma analógico/virtual ha supuesto el triunfo de una forma de entender el conocimiento que sigue la lógica de la *fast food*: facilidad y rapidez, satisfacción inmediata, nada productivo, ni una miga de beneficio. Y si a eso le sumamos el desplome de la espiritualidad –casi la mitad de quienes tienen entre 18 y 24 años no se identifica con ninguna fe–, se agiganta el vacío. Lo resumía el escritor Adam Zagajewski: “En general, lo grande no puede ser expresado. En cambio, lo pequeño sí: se puede intentar”.

El manto de la cultura ha dejado de protegerlos. Les ha fallado el principio de la retribución: no por mucho estudiar tendrán un lugar en la vida. Extraños de sí mismos, su desmotivación dificulta incluso la rebeldía. Pero no lo olvidemos, el malestar de los jóvenes violentos esconde el silencio herido de los pacíficos, que empiezan a temer más a los adultos que al fuego, como aquella niña de Sarajevo. ●

# Yo no aspiro a ser danés

Joaquín Luna



**A**falta del festival de Eurovisión y a la espera de la Eurocopa de fútbol de junio, Austria y Dinamarca han dado la salida a una carrera –nada malo diremos del último– para procurarse vacunas donde sea. Y, mira por dónde, el tecnócrata en jefe de Europa, Draghi, también se apunta a la carrera en la que algo me dice que España quedará por lo bajo de la tabla.

¿Más vale vacunas sin honra que honra sin vacunas?

La pregunta es del género decimonónico pero pertinente porque en nuestro subconsciente, para mujeres, las suecas; para montañas, las del Tirolo; y para democracia, la danesa. ¡Qué complejos los nuestros!

Los primeros ministros de Dinamarca y Austria se han desmarcado de la política conjunta de compra de vacunas de la UE –que fijó unas condiciones “solidarias”– y negocian en Israel el qué hay de lo suyo, sin importarles mucho que en la vecina Gaza –cinco millones de personas en un pasillo para salir corriendo– ni hay ni se esperan vacunas.

No seré yo quien culpe a Is-

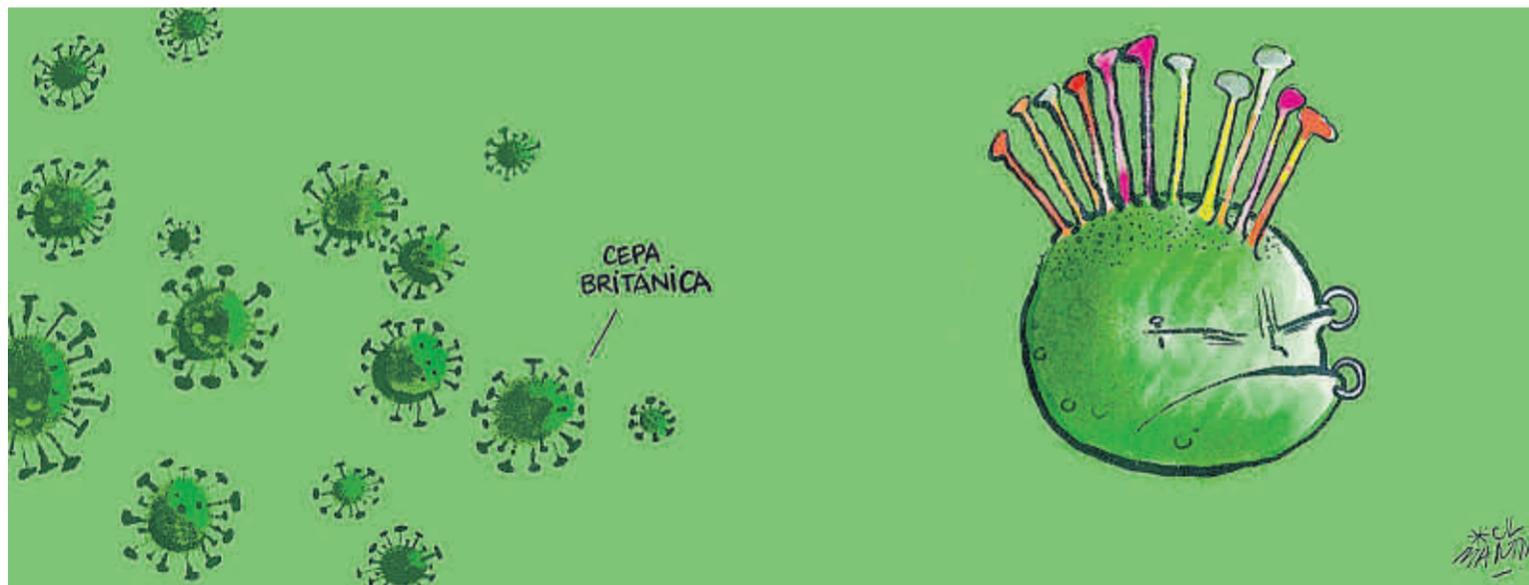
**Los modélicos y acaso soberbios países del norte de Europa van a lo suyo**

rael del fiasco a la vista de la legendaria habilidad de los palestinos para dispararse tiros en el pie desde 1948. Dicho esto, bonito, lo que se dice bonito, no es el ejemplo de dos gobiernos europeos a los que aquí encumbamos a los altares del virtuosismo moral.

La *futbolización* del mercado de vacunas en Europa promete. ¿Quién dijo que los tecnócratas son gobernantes de sangre fría? *Super Mario* ha bloqueado en Italia un cargamento de dosis con rumbo a las antípodas, puñetazo que confirma la escasa afición de los italianos a llevar cuernos (los fondos europeos han hecho posible las vacunas que iban a Australia).

Europa me sigue pareciendo un proyecto valioso –e irremplazable–, siempre y cuando alguien en Bruselas ponga el pito, el orden y el concierto. Y aprovechando la coyuntura, uno reivindica la Europa del sur –el Mediterráneo, vaya, más Portugal– después de recibir, escuchar y tragar tantas lecciones de superioridad moral del norte. ●

APUNTES DEL NATURAL – JL MARTÍN



# Yeta: los nombres de las cosas

Flavia Company



**E**n argentino, *yeta* significa mala suerte, desgracia. Por eso hace unos días me sorprendió, cuando entré a buscar un buen vino para llevar a una cena, descubrir entre las botellas acomodadas en las estanterías una etiqueta con ese nombre. ¿Quién se había

atrevido? Se lo comenté al dueño del comercio. Le dije: “Menudo mal nombre para un buen vino, si es que lo es”. Sobre todo para personas que, como yo, tan sensible a las palabras, los compran cuando les gusta cómo se llaman. Más que nombres, siempre me han parecido títulos. En los últimos tiempos he adquirido botellas, entre otras, de Sapo de Otro Pozo, Lobo con Piel de Cordero, Manos Negras, Desenlace, Cuatro Gatos Locos. Para cada ocasión, el mensaje oportuno. Un cuento en sí mismos. A veces, una premonición incluso.

El encargado de la tienda me dijo entonces que sí era un buen vino, excelente, y que detrás del nombre había una historia. Le pedí, claro, que me la contara. Me explicó que quienes lo habían elaborado habían pasado por un

montón de fracasos que atribuían a la mala suerte, a la yeta. Sin embargo, cada uno de esos ensayos los acercaba a un descubrimiento. No desaprovechaban la oportunidad e integraban el error. Lo que al principio no había sido más que un sinfín de obstáculos más tarde se había convertido en una bendición. Paso a paso, consiguieron un vino de veras singular que no dudaba en recomendarme. Sonreí agradecida por el relato, insistí en la importancia de bautizar las cosas con acierto y seguí mi búsqueda. Ese día me llevé algunas botellas de El Relator, un malbec que no podía resultar más adecuado. Persisto en la idea de que a nadie le gusta brindar con la desgracia o comprar mala suerte. Bastante tenemos con la que llega gratis. ●